

Un colaborador destacado de SINITE: José Juan Rodríguez Medina

TEODULO GARCIA REGIDOR

El profesor José Juan RODRIGUEZ MEDINA, f.s.c., ha sido una persona vinculada a la revista SINITE, no sólo por su colaboración a lo largo de más de veinte años (su primer artículo lo publica en el n.º 2, año 1960, y el último en 1981) sino porque como Presidente del Instituto Pontificio San Pío X durante años decisivos, brindó apoyo constante a la revista.

En honor a la verdad hay que decir que otros colaboradores habituales de SINITE publican más artículos que él; pero el que haya sido el primer Presidente del Instituto San Pío X ya fallecido y alguien muy vinculado a la revista desde sus comienzos, justifican el pequeño homenaje que SINITE quiere tributarle en su número cien. No nos cabe duda de que, si su salud le hubiera permitido seguir activo entre nosotros, RODRIGUEZ MEDINA hubiera continuado su colaboración en la revista que él vio nacer, y hubiera aportado su palabra enriquecedora. Pero la muerte le arrebató en la plenitud de su edad. En 1984, en el número 75 (enero-abril) SINITE daba, en la primera página, la noticia de su muerte: «Quienes nos esforzamos desde estas páginas en ayudar a cuantos sienten y viven los problemas y las urgencias de la pedagogía religiosa, de la catequesis y

de la pastoral, rendimos un sincero homenaje a quien dedicó su vida —desde los libros, las publicaciones, las clases, las conferencias, los cursillos...— a hacer realidad en la España del pos-concilio, la renovación litúrgica, catequética y pastoral» (XXV, p. 6).

La aportación directa del profesor RODRIGUEZ MEDINA a SINITE tiene *tres facetas* diferentes:

a) la primera, como orientador del espíritu y de la línea de SINITE en los años en los que formó parte del equipo de redacción. Sin llegar a ser director de la revista, su clara visión de las grandes cuestiones que SINITE abordó en los primeros años de su andadura (Teología Pastoral, Catequética renovada con los frescos aires de la Teología europea y del concilio Vaticano II, la Liturgia, la educación cristiana...) fue un elemento enriquecedor, y su personalidad, animadora y entusiasta, proporcionó criterios valiosos y oportunos.

b) la segunda aportación se refiere a los artículos publicados: dieciocho artículos de temas diversos: Teología Pastoral, Catequética, Liturgia, Pastoral escolar... a lo largo de veintiún años mantienen su firma en la revista de forma casi continua, especialmente durante la primera mitad de la vida de SINITE.

c) la tercera aportación, menor en extensión y en apariencia, está constituida por un conjunto de crónicas o reseñas de Congresos, Encuentros o reuniones a los que asistió como catequeta de ámbito nacional y europeo, y los innumerables libros recensionados por él. Lo primero constituye un servicio eficaz de contacto entre los lectores de SINITE y los acontecimientos importantes, nacionales y europeos, a los que asistió: la toma de contacto con las primeras figuras de la Catequética en los encuentros del «Equipo Europeo de Catequesis» (1970-1978), el acontecimiento renovador de la «Asamblea Conjunta de Obispos y Sacerdotes» en la Iglesia española (1972), el II Congreso Catequístico Internacional (Roma, 1971), la V Semana de Estudios Teológicos (Toledo, 1973) o la magnífica explosión de fe y de espiritualidad descubierta en Taizé (1975). Todo ello cons-

tituye una muestra de su *presencia* en acontecimientos y momentos decisivos para la Catequesis o para la vida de la Iglesia que RODRIGUEZ MEDINA supo transmitir y comunicar a sus lectores de manera entusiasta y, en ocasiones, hasta contagiosa.

En cuanto a las reseñas, es enorme la cantidad de libros (en alemán, francés, italiano y español) que fue presentando a través de los largos veinte años de labor recensionadora: desde su primera, en el n.º 1 de SINITE, 1960 (K. RAHNER-H. RAHNER, *Gebete der Einkehr*, Salzburg, 1958) hasta la última (J. BARRENA SANCHEZ, *El rostro humano de Teresa de Avila*, Sígueme, Salamanca, 1981) en el n.º 71 de SINITE (1982). Esta reseña termina con el siguiente párrafo, las últimas palabras que RODRIGUEZ MEDINA publicara en SINITE: «Al terminar su lectura, la personalidad de Sta. Teresa nos resulta grata, amena; una realidad histórica que nos cala hondo, se hace querer y está tratada, creo yo, con seriedad por un autor que de verdad la ha estudiado, la conoce, la ama y la presenta como amena y atractiva» (XXIII, 442).

Sus artículos: Teología, Pastoral y Catequética

La mayor y la mejor aportación de RODRIGUEZ MEDINA a SINITE han sido, obviamente, sus artículos. Desde el primero (n.º 2, 1960): «Función de la Catequesis en la totalidad de la misión de la Iglesia» (I, 143-158) hasta el último, que narra una parte de la historia del Instituto San Pío X, que él vivió con intensidad y pasión: «El Instituto 'San Pío X' desde 1967 a 1976» (XXII, 307-323), el «magisterio» de RODRIGUEZ MEDINA se reparte de manera desigual en varios artículos que podemos agrupar de la siguiente forma:

- Teología, Teología Pastoral, Kerigma.
- Liturgia: formación y animación litúrgica.
- Catequética y Catequesis.
- Educación cristiana y Pastoral escolar.

Sobre sus artículos cabe hacer unas cuantas observaciones de tipo general:

a) Sus primeros artículos reflejan la personalidad sensible y la formación rigurosa realizada en Roma, París y Alemania a lo largo de sus estudios universitarios de Teología y de Pastoral. Los artículos de Teología Pastoral y de Liturgia son de lo más nuevo y de lo mejor que se escribe por entonces en revistas de Catequética.

b) Pronto se observa que RODRIGUEZ MEDINA no es un teólogo especulativo ni sistemático y que su dimensión teológica preferida era la vertiente práctica. Esto se notará en la predilección por la Teología Pastoral, por el Kerigma, por el hecho cristiano como realidad salvífica que ha de ser experimentada y vivida por los creyentes, en la concepción dinámica de la Iglesia, en la Liturgia viva y participada, de cuya renovación es él uno de los pioneros y de los puntales en la Iglesia española del pre y posconcilio.

c) Esta vertiente práctica, de la que no está ausente nunca la teoría, con ser un elemento valioso en sus artículos, se torna con el paso del tiempo en un recurso un tanto fácil que le hace perder rigor y profundidad en los temas abordados. Recurre con frecuencia, quizás demasiada en ocasiones, a la observación personal de acontecimientos y hechos o a actitudes de la gente, de los cuales deducirá conclusiones un tanto apresuradas en ocasiones. Pero, aun así, su referencia a la práctica torna sus artículos en más amenos y directos.

d) Sus artículos sobre educación cristiana —y en especial sobre el educador cristiano: su identidad, su fisonomía, su espiritualidad y formación— carecen del rigor teórico manifiesto en artículos anteriores, son más inconcretos y «dispersos», pero, en compensación, manifiestan un cambio si no de su personalidad docente, sí de intereses más o menos inmediatos. Revela, al mismo tiempo, una sensibilidad por los problemas de quienes vivían en el “duro bregar” de la escuela, de la catequesis, de la educación de la fe.

e) La frescura teológica de sus comienzos se pierde en sus últimas aportaciones, en las que escasean temas explícitos de Teología Pastoral o de Liturgia. Quizás se deba en parte a la evolución de estos estudios dentro de la Teología católica, y, también, a la progresiva pérdida de facultades, notoria en sus últimos años. Al mismo tiempo, como decimos, hay una línea evolutiva en los temas que va desde lo teológico-pastoral y litúrgico a lo más directamente relacionado con la educación cristiana y, en especial, con el educador.

Selección de textos de algunos de los artículos de J.J. Rodríguez Medina, en SINITE

1

La Catequesis, ministerio profético*

Ya establecidos los elementos fundamentales que entretengan la trama de todo el edificio espiritual y las realidades eclesiales en que el hombre encuentra a Dios, vengamos ahora a precisar cuál sea en esta síntesis el papel de la Catequesis dentro de la misión total de la Iglesia.

Para ello, preguntémosnos en dónde reside, por parte de la Esposa de Cristo, la fuerza espiritual que da vida y hace posible la aplicación subjetiva de la Palabra de Dios y del Sacramento.

Este dinamismo o principio vital interno es la virtud de la fe, tomada aquí en la perspectiva de San Pablo y Santiago y viviente en la tradición católica; adornada, por lo tanto, con el cortejo de virtudes que la integran y hacen viva y operante.

* Del artículo: *Función de la Catequesis en la totalidad de la misión de la Iglesia*, SINITE, 8 (1960) 143-158.

La acción de la Catequesis será el organismo destinado a suscitar, fomentar y acrecentar la fe, de tal modo que la Palabra de Dios propuesta al cristiano sea Palabra de vida, en la cual Dios esté presente y operante «para» él ³¹; sólo así sabrá acercarse con el máximo de intencionalidad al Sacramento. No se conformará entonces con el mínimo requerido para la validez, sino que lo considerará, sobre todo, como agente de inmensas virtualidades, tanto en su función individual como social.

Ya empezamos, pues, a asentar que el ministerio catequístico es ministerio propiamente profético, es decir, de proclamación de la Palabra de Dios, con toda su dignidad y responsabilidad. Es al mismo tiempo ministerio íntimamente vinculado al sacramental, por cuanto dispone al fiel a recibir con la máxima intensidad el Sacramento, a leer en los signos sacramentales la invisible presencia de Dios y a comulgar con ella. En este sentido, es *umbral* de la vida sacramental, ya que introduce al cristiano en ella.

Recapitulando y precisando todavía más, diremos que el ministerio catequístico coopera directamente con la misión profética del obispo e indirectamente con su misión santificadora, que se consume primordialmente por la liturgia o acción sacramental ³².

* * *

Para describir ahora más por menudo y con mayor detención este objeto de la Catequesis, del que sólo hemos dado algunas pinceladas, habrá que analizar las fases o estadios por los que debe realizarse el proceso o itinerario espiritual del cristiano, si su contextura y contenido han de ser lozanos, en lo que es fundamental.

³² Franz ARNOLD, *L'Acte de foi, engagement personnel*, Lumen Vitae 5 (1950) 263-268.

Si dichas etapas fallan, ya porque se quemen o se prescindan de alguna de ellas, ya porque se resienta de debilidad e inconsistencia internas, todo el edificio espiritual será deficiente e incompleto.

Pero esto es materia suficiente para otro artículo.

2

Corolario: la unidad en la misa y la unidad en la vida*

EL PROBLEMA

Concluyamos lo dicho hasta ahora con una aplicación práctica: reflexionemos unos instantes sobre el grave problema de la *inserción de la Misa en la vida*.

Sabemos que el Misterio de la Iglesia se resume en el Ministerio pascual de Cristo y que éste se recepitula en la Misa. Ahora bien, ésta, como Misterio de todo el Cuerpo de Cristo, no termina plenamente cuando acaba su realización litúrgica. El Misterio pascual nos impulsa a una síntesis dinámica entre lo estrictamente litúrgico y su pleno acabamiento en la vida cristiana. De ese modo, el desarrollo de la vida de gracia del cristiano, que se manifiesta en la edificación de la Ciudad de Dios en el mundo, viene a ser como la consumación de la Misa. El «Ite, missa est», a la vez que concluye el acto ritual, inaugura su manifestación eficaz y constructiva en el mundo.

La fuerza interna de unidad mística de la Misa debe producir en la vida de cada día el mismo misterio de unidad, deseo ardiente de Cristo en sus últimas horas de vida mortal y signo supremo, ante los hombres, de la única

* Del artículo: *La Liturgia como fuente de unidad en la Iglesia*, SINITE, II (1961) 2.^a parte, 325-339.

Iglesia portadora del verdadero Dios. Esta unión de la comunidad cristiana, proyección de la Misa, es el signo de la Resurrección del Cuerpo Místico; sin él, la Resurrección personal de Cristo quedaría desvirtuada e invisible para los que no creen y su eficacia mermada en los cristianos tibios y rutinarios: también éstos necesitan ingreso más adulto y consciente en la Iglesia. Si no forzásemos, pues, las fronteras de la Misa y nos quedáramos en su acción ritual, dentro de los muros de la iglesia, la convertiríamos en un ghetto o círculo cerrado y ofreceríamos de ella una noción incompleta, por no decir errónea.

La ausencia de estas dimensiones apostólicas en nuestro vivir el misterio de la Misa justifica plenamente esa especie de ojeriza o desconfianza que abrigan para con los católicos no pocos hombres, especialmente obreros: «Si ser católico equivale a ese ir a Misa de tantos que frecuentan vuestras iglesias, sin proyectarla en su vida social, la religión ni merece la pena ni responde a nuestra justas exigencias por un mundo más justo, fraternal y humanitario». Y sus argumentos no son falsos. La Misa que no produzca el misterio de unión entre los hombres no es la que Jesucristo desea, porque no se convierte en agente de Resurrección mística de la comunidad cristiana.

DIRECTRICES PASTORALES

Esto sentado, surge un problema, relativo a la Catequesis de la Misa que damos a nuestras juventudes. ¿Cómo obtener la inserción de la Misa en la vida? ¿Cómo transformará no sólo la existencia individual, sino sobre todo la colectiva? ¿Cómo será germen de unidad en el mundo? He aquí algunas *indicaciones directrices*:

LA COMUNIDAD CRISTIANA A LO LARGO DEL TIEMPO

El instinto pastoral de la Iglesia, a lo largo de su Tradición, ha tenido siempre especial cuidado de sumergir a los convertidos en el seno de una *comunidad*. Esta, en los primeros siglos, fue distinta de la comunidad política, todavía pagana. Era comunidad de creyentes que acogían con sentido responsable a los nuevos convertidos. La fe de éstos encontraba apoyo y expresión en la fe de los ya bautizados, que, de rechazo, se afincaban más en ella. Entre unos y otros se afianzaba imperceptiblemente el misterio de unidad cristiana.

En los grandes siglos de cristiandad, la comunidad de la Iglesia no se distinguía del Estado. Es la teocracia medieval. Todo es cristiano; todo es Catequesis: las costumbres, el arte, las razones de Estado, la vida de familia, la parroquial; en una palabra, todo el espíritu y mentalidad ambientales. Esta mezcla de valores tenía no pocas ventajas, si bien no hemos de disimular sus debilidades. Pueden reducirse éstas a la poca capacidad de resistencia propia de un cristianismo excesivamente sociológico. Lo prueba la desbandada masiva de los pueblos hacia el protestantismo.

Actualmente hay que insistir de nuevo en el afianzamiento de la comunidad cristiana; que al mismo tiempo que sostiene al individuo, sirva de signo colectivo de la divinidad de la Iglesia para los que están dentro y fuera de ella.

COMUNIDAD CRISTIANA ENRAIZADA EN LA MISA

Tal comunidad hemos de enraizarla en la Misa, es decir, dar acción a nuestros muchachos, preocupaciones apostólicas, de unidad, de caridad y de abnegación a partir de la Misa, vinculándolas con ella, con sus textos, su asamblea, con la comunión, el altar, el misterio

pascual. Formar grupos de acción que, como tales, vayan sellando su personalidad en la Misa. Convertir dicha acción litúrgica en el centro primero de toda actividad apostólica, refiriendo a ella los otros valores espirituales. Dar objetos concretos de apostolado a su asistencia a Misa. Por esos objetos de acción, el grupo se irá estrechando más interiormente, su personalidad psicológica fortaleciéndose, su actuación colectiva densificándose y su pertenencia a la Iglesia irá tomando relieves y contornos más firmes.

Especificando aún más: proporcionemos metas de trabajos que partan de la misma preocupación o pensamiento. Este consistiría, en nuestro caso, en el dar remate al misterio de la Misa con nuestra vida: apostolado por la caridad, por el trabajo, el estudio, la apertura a los otros, la Catequesis, la Acción Católica, el espíritu cristiano en el deporte, en la política...

QUE CADA MIEMBRO DE LA COMUNIDAD
SE «EXPRESÉ» EN EL SENO DE LA MISMA

Para que la unión aumente y resulte cada día más interna y personal, hay que dar las mayores posibilidades de «expresión» a cada uno de los miembros de nuestros grupos de alumnos: que ellos mismos hablen, expongan sus planes apostólicos, los ideen, los juzguen, los critiquen y corrijan, y se los digan entre sí, tomen iniciativas, escojan sus jefes. La acción acompañada de la expresión en el sentido indicado es profundamente formativa: piénsese en la Legión de María, en la Acción Católica cuando funciona bien, en los actuales movimientos de apostolado, de misión, Mundo Mejor, Cursillos de Cristiandad, modalidades actuales de concebir la misión al interior... Y es que cuando se da convergencia interior entre varias personas, no tanto por la reciprocidad en el afecto, cuanto por el descubrimiento inefable que operan de la realidad, objetivándose

a sí mismas, la unidad adquiere fecundidad y relieves inimaginables. Los santos crearon misterios fecundos de unidad porque la acción impulsaba todas sus fuerzas; la unión matrimonial se acentúa por la virtualidad extraordinariamente cohesiva que poseen los hijos, objeto de la acción paterna.

Apliquemos todo esto a nuestro pensamiento: las comunidades litúrgicas auténticas y generosas entre los muchachos estrechan los vínculos de amor después de una Misa así vivida, tanto más cuanto más se den en ella o en sus inmediateces verdaderos signos de entrega y olvido de sí mismos.

UNIÓN PSICOLÓGICA, EFECTO DE LOS SACRAMENTOS

El educador tiene que insitir, como venimos diciendo, en el efecto ontológico unitivo de la Misa; pero también en su eficiencia psicológica; los Sacramentos también nos unen psicológicamente al Cuerpo de Cristo y al Cuerpo Místico. El caso de la Misa es notable: sus signos tienen especial fuerza fenomenológica de orden unitivo. Esta ha de ser objeto de la atención del educador, ya que a su través es como mejor conseguirá vincular a sus alumnos con Cristo y con sus iguales.

CONCLUSIÓN

Los movimientos de la moderna civilización, lo mismo que las ideologías, insisten en la unidad de acción y de pensamiento.

Todos los estamentos del mundo, y no sólo uno u otro determinado, se encuentran hoy ante tremendas crisis. Viejas formas tienen que ceder el paso a las nuevas, mal que les pese.

También la Iglesia se halla en crisis porque también en ella han tomado carta de existencia, con el correr de los siglos, muchas formas e instituciones humanas contingentes. Por ser históricas, están expuestas a la corrupción o al anacronismo. De ahí que necesite la Iglesia labor constante de purificación ¹⁵.

Sólo el verdadero sentido de unidad cristiana posee el instinto de selección. En esta tarea, los más clarividentes y celosos obreros que afrontan con energía el sesgo que ha de tomar la Iglesia en su misión de fidelidad al pasado, pero también al presente y al futuro, sienten con amargura la falta de unidad en los fieles, en sus evangelizadores, educadores, sacerdotes y obispos, en las Congregaciones religiosas...

Ha habido un espíritu rabiosamente individualista en los últimos siglos pasados. Su virus corre con mayor o menor fuerza por las venas de todos nosotros. Signos que no engañan son el espíritu de partidismo, de cofradía, de crítica, de individualismo, de grupitos, de búsqueda del bien particular, de escuela, de orgullo colectivo o Congregación..., orgullos éstos que envenenan incomparablemente más que los pequeños orgullos de los individuos, por ser más larvados e inconscientes, más «de familia». Con pretextos a veces edificantes, encubren la búsqueda de sí mismo, de nuestro amor y lucimiento propios, espíritu de fachada exterior, de trabajo por la galería... Es lo más opuesto al verdadero misterio de la Iglesia, que se construye esencialmente a partir del interior. Hoy se necesita, por el contrario, que nos convenzamos de que sólo interesa el bien general de todo el cuerpo de la Iglesia; el que éste se transparente a través de nosotros más como humilde y espiritual que con el brillo de potencias, aplausos, faustos y reconocimientos oficiales y ruidosos.

¹⁵ Cfr. Jacques LECLERICO, *Perspectivas cristianas de nuestro tiempo*, Dinor, San Sebastián, 1958, 2.^a edición, p. 51.

Por tratarse de metas grandiosas y de orden supratereño, sobrenatural, no las alcanzaremos si no partimos del sacramento por excelencia de la Unidad: alimentada por la «comunidad», la comunidad humana se establecerá sobre las bases sólidas, ya que comulgar de verdad implica necesariamente el trascendental volverse del individuo hacia el otro, porque ve en él edificado con sillares humanos el Cuerpo de Cristo.

Con estas perspectivas, nuestro abordar a los demás será menos acción moral que actualización constante en el mundo del misterio de comunicación que, cual agua viva, brota de la Eucaristía: El Misterio Pascual de Cristo.

3

Kerigma y Catequesis en la educación cristiana*

a) Toda la obra de formación cristiana, la comunicación del Misterio, tiene que estructurarse según los dos momentos: uno forma el *esqueleto* del edificio, del cuerpo; el otro, la carne, la *forma*, los órganos de comunicación específica en la sociedad, los matices diferenciales, la conformación estética, los órganos alimenticios que posibilitan el crecimiento.

A la verdad, estamos tocando aquí el *punto neurálgico* del cual pende la perseverancia cristiana y, más que la perseverancia material (no separarse del Cristianismo), otro problema más hondo: la perseverancia cualitativa, el sentirme personalmente llamado, entusiasmado, proselitista... de una obra que siento como mía.

* Del artículo: *El Misterio de Cristo en el Kerigma y la Catequesis*, SINITE, VI (1965), 53-59.

Estamos, en pocos términos, refiriéndonos a las fuentes de la vitalidad de nuestro Cristianismo.

Hoy nos están llamando la atención ciertos movimientos religiosos modernos, tales como los Cursillos, la renovación litúrgica.

¿Qué ha sucedido?

Nuestros hombres estaban «buenamente» catequizados por unas fórmulas muertas, que se repetían literalmente, en su materialidad, sin llegar a convertirse en *principios de vida*, de encuentros religiosos, de labor proselitista o apostólica.

Se ha podido comprobar estadísticamente en Estados Unidos que los católicos sienten menos entusiasmo por la fe, al menos por el apostolado, que los protestantes.

Esto se explica, creemos, por deducción lógica de este hecho: los protestantes, en su pastoral, acentúan más el *Kerigma* que la Catequesis; los católicos, al revés. Se preocupan más de mantener la doctrina impoluta, intacta, de «conservar» el depósito de la fe, de evitar la herejía.

¡Cuántas veces hemos visto la actitud siguiente: un pastor, sacerdote, educador, padre de familia, satisfecho porque sus ovejas defienden la integridad de la fe materialmente, hasta en sus mínimos pormenores, e insensible a formas cristianas de ser, a actitudes que revelan que esa doctrina ya no es valor real!

Por eso, en la tarea ecuménica actual, al protestantismo se le pide revisión *doctrinal*, sobre todo.

Al catolicismo, más bien *kerigmática*: que se convierta en existencia aquello que se sostiene como doctrinal; que las hermosas tesis de Eucaristía, de Verbo Incar-

nato, de Sacramentis... no queden encerradas y polvorientas en los tomos de los teólogos o en las aulas y disputas inactuales y ficticias de las Universidades, sino que aparezcan hechas vida religiosa en un culto según la verdad que profesamos, en la ornamentación de nuestras iglesias, en una estructuración de nuestros templos con un poco más de orden y jerarquía de valores, de acuerdo con aquellas tesis de teología de los libros que con tanto celo defendemos «ideológicamente».

No es raro que entrando en muchas de nuestras iglesias se pregunte uno: «¿Son estas iglesias de la Eucaristía y de la Palabra, iglesias de Cristo, o iglesias de los santos, de las almas del purgatorio, de los exvotos!» Que se transparenten en unas catedrales que sean algo más que folklore, añoranza de anticuarios, ganancias del clero y cultos sin verdad.

En resumen, como la verdad doctrinal sola no espolea hacia la defensa de un mensaje, de una persona; como la fe no es sólo tener por verdadero lo que Dios ha enseñado, como no es solo Catequesis sin Kerigma, sino ante todos adherirme a una *persona viva*, al acontecimiento histórico del Dios vivo, venido a salvarnos, los católicos no sentimos a menudo todo el drama de nuestra fe.

b) Evidentemente, cuanto hemos dicho es un problema de educación religiosa, de pedagogía de la fe, de *Catequética*, sencillamente.

Por eso, los centros escolares inspirados, de algún modo, por la Iglesia merecen nuestra máxima atención.

No disimulamos que también habría que hablar, y en serio, de la formación teológica en Semimarios y Universidades.

Creo que este problema flota en el ambiente en todas las naciones católicas, de modo consciente o inconsciente, aflorando en la superficie o subterráneo por falta de libertad de palabra y de confianza mutua entre superiores e inferiores, profesores y alumnos: a nuestro clero y educadores no se les forma para su acción pastoral concreta.

Habría que revisar seriamente su formación en nombre de la Iglesia del futuro, en cuanto que es Iglesia en el mundo, en el tiempo, que dialoga con la civilización humana, que es Tradición, pero que no se identifica con todas y cada una de las tradiciones que han tomado carta de existencia en ella.

Es un problema arduo porque están de por medio las pasiones humanas y el pecado.

Sobre todo porque muchos hombres de Iglesia tienen tendencia irresistible, más inconsciente que consciente, a considerar las formas de ser y de existir en que ellos se han moldeado, como *medida de todas las cosas*, incluso de las que vendrán.

Habría que gritarles la bienaventuranza del mal tradicionalista: «Bienaventurados los que no tienen ideas porque ellos serán llamados hombres de doctrina segura».

Pero nosotros no queremos entrar en este tema. Sólo hablaremos —y brevemente— de los *centros escolares*.

Por una parte, hoy son la más grande oportunidad que tiene la Iglesia española en el terreno de la juventud; esto equivale a decir Iglesia del futuro. Nunca daremos suficiente importancia ni nos abriremos suficientemente a dichos centros.

Por otra parte, el centro escolar tiene un peligro: la *escolarización de la religión*; en la escuela, todas las disciplinas se estudian según el aspecto formal que tienen

de enseñanza, de doctrina, sin que el sentirse arrastrados por ella sea necesario para el logro de su fin propio, al menos el académico.

Esto crea en profesores y alumnos una mentalidad, un hábito interior, un talento, una como segunda natura.

De ahí que sea facilísimo caer en la tentación de presentar lo religioso según los criterios de lo profano.

Se ha hecho encuesta entre muchachos mayores del bachillerato. Sienten nostalgia por la falta de entusiasmo religioso que notan en las lecciones que da el profesor que no rompe, al entrar en lo religioso, la continuidad de cuatro horas de clases profanas, con las cuales empalma, sin más, la enseñanza religiosa.

El muchacho se aburre, se cansa, aprende algo..., pero no se convierte.

¿Cuál es el *diagnóstico* del mal?

Se da cierta Catequesis; pero no se respetan las leyes relativas a la relación que debe guardar la Catequesis con el Kerigma, en cuanto a la *forma* y al *contenido*, según dijimos anteriormente.

4

Relaciones concretas entre la palabra de Dios y la Liturgia*

Las páginas que siguen pretenden mostrar la unidad dinámica y coherencia que existen entre la Palabra de Dios y la acción cultural. Es evidente que si logramos eviden-

* Del artículo: *Pastoral de la Palabra y Pastoral Litúrgica*, SINITE, XII (1971), 105-115.

ciar la íntima vinculación entre ambas acciones pastorales, se derivará una serie de repercusiones que afectan a las acciones del pastor, a su comportamiento concreto en la vida litúrgica, a los criterios que deben regir las «prácticas» sacramentales, a las coordinadas que constituyen las líneas axiales de la espiritualidad cristiana.

1. Para quien mira la liturgia por fuera, desde su *aspecto externo*, fenomenológico, los ritos y de modo especial los más esenciales de la celebración sacramental —v. gr., los ritos del Bautismo y Eucaristía— constituyen el sello litúrgico que resume en formas y gestos materiales concretos, corporales y palpables, el Misterio que ya antes proclama la Palabra. De ahí que esos ritos vayan acompañados de los núcleos más kerigmáticos de la Revelación. Son, por lo mismo, síntesis riquísimas de la fe: el que se entraña en un sacramento, en cierto modo ve, toca, oye y se compenetra existencialmente con la substancia de la fe. El ministerio sacramental es, pues, como una expresión externa y condensada del misterio de la fe plantado en el alma por el ministerio de la Palabra.

Aparece, pues, evidente la continuidad de ambos ministerios.

Desde esta perspectiva, el ministerio de la Palabra es indirectamente sacramental: si se dejan de lado enfoques jurídicos que complican y oscurecen las verdaderas dimensiones del problema, es claro que realizar la obra profética en cualquiera de sus formas equivale a introducir al oyente en la realidad mística del ministerio sacramental. Por ello mismo en la Iglesia debe darse diálogo e interpenetración constantes entre profetas y celebrantes del culto, tratando unos y otros de descubrir el alcance de su misión, y su respectiva complementariedad y subsidiariedad.

2. Desde el punto de vista *objetivo o misterico*, es decir, considerado el efecto de gracia de Dios en el hombre, en su interioridad (renovación espiritual, justificación) la Palabra proclama el significado fundamental objetivo del Misterio, lo expresa inteligiblemente; al mismo tiempo, ofrece la realidad que proclama, afectando sobre todo a las esferas más conceptuales y cognitivas del hombre. El sacramento presta a la Palabra su eficacia plena o sello definitivo: es una forma nueva, vital, una especificación personal individual y concreta de la Palabra. Así el bautismo es para el catecúmeno adulto como la incorporación última de la Palabra en él: la resume y corona afectando a todas las esferas del hombre, en especial a las más volitivas, afectivas, sensibles y corporales.

De ahí cuánto importe crear en la celebración sacramental las mejores condiciones para que los sacramentos, siendo obra de Dios, sean a su vez plenamente actos del hombre. Se ve también el lugar que los sacramentos ocupan en la estructura total de la santificación cristiana, habida cuenta de nuestra condición corporal, que exige a todo acto elaborado internamente su conformación terminal mediante actos externos.

Este sentido de plenitud espiritual en los sacramentos era menospreciado en épocas y concepciones antropológicas y teológicas, hoy superadas, que no habían descubierto aún el peso que lo corporal y visible desempeña en la actual economía histórica e intramundana del hombre.

Actualmente nuestras formas de pensar y vivir, y la significación de lo corpóreo y visible en todas las expresiones de nuestra existencia, ayudan más a comprender el valor totalizante y de plenitud en la estructura sacramental. También nos invitan a ser mucho más exigentes en todo lo que se refiere a los aspectos cua-

litativos y valores, como actos humanos, de las celebraciones sacramentales.

Esto exige de la Pastoral profética un incesante volverse y orientarse hacia la vida sacramental para que toda la labor pastoral se perfeccione, concluya y culmine con ella. Se ponen en tela de juicio y se critican las diversas formas de Palabra que concluyan en sí mismas y no se abran a los sacramentos, reduciendo así el Misterio cristiano a inteligibilidad, teoría, idea, sistema, ética, humanismo, filosofía... Esta ha sido en buena medida la tradicional postura protestante, al rechazar los sacramentos o reservarlos cuando más a los espíritus rudos e incultos, dejando para los cultivados y espirituales la sola Palabra de Dios.

3. Desde el *punto de vista subjetivo o del sujeto que experimenta*, toma conciencia interior de sus actos y quiere tener pruebas de su situación espiritual interior; el sacramento le expresa externamente con un signo visible lo que la Palabra ha obrado ya en él, el cambio o adhesión a Cristo. Manifiesta, pues, la voluntad interior del cristiano de darse, su fe personal.

De ahí la importancia de la sinceridad. A un verdadero acto interior suscitado por la Palabra deben corresponder gestos sacramentales externos equivalentes. Uno de los aciertos e impaciencias más justificados de cuantos sienten la liturgia, es su deseo de hacer efectivas en las formas litúrgicas las afirmaciones comunitarias que rezuman los textos y gestos sacramentales: no comprenden por qué en la puerta del templo se deban congelar y desangelizar las formas comunitarias y sociales en que estamos sumergidos por completo a lo largo y a lo ancho de nuestra vida secular.

Viceversa, la sinceridad debe impulsarnos a rechazar actos litúrgicos más o menos disciplinarios, que no responden a auténticas actitudes internas. En estos casos

importa más la verdadera Palabra kerigmática que los actos sacramentales.

4. Desde el punto de vista *social y comunitario*, los sacramentos, particularmente el Bautismo y la Eucaristía, poseen una estructura preñada de compromisos comunitarios, de referencias al cristiano en cuanto inserto en un Pueblo o comunidad de salvación. El cristiano iniciado en estos sacramentos, de modo especial cuando se realizan en condiciones normales, tanto respecto de la riqueza expresiva de sus palabras y gestos como de la inserción en una verdadera comunidad cristiana, trabajada por la pastoral profética en todas sus formas, en especial la catequética, es interpelado intensamente a llevar su fe, suscitada por la Palabra, a sus últimas consecuencias comunitarias: la fe cobra dimensiones de apertura a los otros, de preocupaciones sociales, de formas incluso educadas y corteses en el vivir cotidiano del cristianismo.

La liturgia nos exige que no nos cerremos sobre nosotros mismos, sino que nos abramos a una Palabra proclamada en presencia de hombres y mujeres de todas las edades, estados y condiciones. En otros términos, nos exige una fe realista e histórica, y no sólo un compromiso personal con Dios que sólo afecte a la pura interioridad de la persona o a los valores exclusivamente personales, interiores y espirituales. El mundo de la comunidad en que estamos insertos se nos revela como objeto concreto al cual, la fe debe volverse y con la que hemos de comprometernos. Este mundo tiene su primera encarnación en la comunidad co-celebrante en la liturgia: la comunidad es ya ese mundo y, al mismo tiempo, el símbolo de otro mundo más amplio, no presente en una liturgia, pero sí en la historia a la cual debe volverse con urgencias misioneras la fe del cristiano.

Así pues, desde el punto de vista social y comunitario los actos litúrgicos son los más perfectos de la fe del

cristiano: en ellos se realiza la dialéctica yo-tú, condición, incluso psicológica, para devenir y ser hombre total. La interioridad se convierte en exterioridad; el cristiano, por la liturgia, en especial por los principales sacramentos, atestigua a la comunidad la fe que la Palabra le ha dado; la comunidad, a su vez, le reconoce como creyente y da a su fe vertientes, perspectivas, densidades y urgencias nuevas.

Finalmente, ante la comunidad, la fe de un cristiano concreto, al salir de la mera interioridad y al relacionarse, se dice, se sabe y se contrasta a sí misma. La no plenitud o imperfección del hombre como mero individuo, hace que cuando nos volvemos solos a nuestra interioridad para hallar en ella los contenidos de nuestra fe, nos encontremos indigentes y sólo con algunos elementos, más bien pobres, que frecuentemente sólo con reflejo de nuestra propia sicología. Insertos en la comunidad reconocemos con ella las expresiones cristianas que son las de nuestra fe personal, pero que sólo en la plenitud de un grupo creyente y celebrante adquiere toda la riqueza de sus expresiones. Nos descubrimos a nosotros mismos en la comunidad; y después, cuando volvemos a la fe de nuestra interioridad, ésta nos aparece con horizontes de que antes carecía.

Esta es la razón por la que, cuantos reducen su fe a la interiorización individual y solitaria de la Palabra, prescindiendo de sus expresiones litúrgicas y comunitarias, terminen a la postre en el empobrecimiento, en el monólogo, en el encuentro estéril de sí mismos. Esta es también la razón de que a un cristiano, ya iniciado en la Palabra, pero en busca de nuevos horizontes, no hemos de remitirlo de nuevo a la Palabra escrita, sino a una comunidad creyente en la que va a encontrar la Palabra en su verdadero marco existencial cristiano.

5. Desde el *punto de vista sicológico*, el sacramento es una estructura fundada en la misma creación del hombre en cuanto espíritu encarnado en la historia: historia, creación y, en nuestro caso, sacramentos constituyen ese sobreañadido o sello sicológico que toda acción en cuanto realizada añade al mero proyecto, encerrado aún en la interioridad; a la voluntad sólo formada pero aún no concluída por actos eficaces visibles.

Al realizarse exteriormente, la voluntad interior toma los contornos, concientización y seguridad de que antes carecía.

Sicológicamente hablando, la liturgia es Palabra en acción, rostro externo de la Palabra interior: traduce, subraya, incorpora concretamente con signos materiales, en esta persona determinada, la realidad ya existente en la interioridad por la Palabra: el sacramento es a la fe lo que el gesto es a la palabra humana.

Consideradas las cosas sólo desde este punto de vista, coinciden los contenidos de la celebración sacramental y de la fe interior, suscitada por la Palabra.

Es obvio que cada una de estas relaciones, enfocadas desde diversos ángulos, es incompleta. Cada perspectiva es verdadera pero no es toda la verdad. Por eso es necesario considerarla a la luz de las otras relaciones. Vistas todas a la vez, a la luz de la sabiduría de los conjuntos, se descubre una totalidad sacramental enriquecida por cada una de las relaciones que hemos intentado describir.

Si se pierde esta visión de conjunto y nos aferramos a cualquiera de las perspectivas individuales, concebiríamos de modo erróneo la estructura Palabra-Sacramento.

5

El educador, indagador de la verdad del hombre*

Tenemos fundamentalmente la misma sed de verdad de todos los tiempos: el hombre siempre ha sido ser inquieto e intrigado por las aplicaciones de su ser y su estar en el mundo y en la historia.

Pero hoy su sed de saber tiene, al menos, estas dos notas características:

La preocupación por saber ha crecido a escala geométrica porque los descubrimientos realizados recientemente en la esfera de lo externo —técnica, espacios interplanetarios— y la interioridad —mecanismos profundos de los comportamientos humanos— han provocado una cadena vertiginosa de conocimientos que, a su vez, han acelerado la sed de saber y el saber mismo, de tal modo, que los procesos que en otras épocas requerían milenios o siglos, se realizan hoy en pocas décadas o menos de diez años⁴.

En segundo lugar, el deseo de conocer y el contenido de los conocimientos han ido centrándose en el misterio del hombre. Incluso la teología tiene hoy signo antropocéntrico: se quieren interpretar los misterios de la religión y de la fe en la perspectiva de la comprensibilidad y de los intereses del hombre. A ello abocan muchos intentos de interpretación de la cristología, de la Trinidad, de no pocos misterios o enigmas de la revelación bíblica; conforme a esta categoría de reflexiones se explica también, al menos en parte, la reducción del misterio de Dios al misterio de la humanidad de Cristo, que muchos teólogos acatólicos intentan llevar a cabo, o la reducción de la religión a sus implicaciones éticas y, más en concreto al servicio de la hu-

* Del artículo: *¿Cuál debería ser hoy la figura del educador?*, *SINITE*, XIV, 1973, 5-24.

⁴ Alvin TOFFLER, *El «shock» del futuro*, Plaza y Janés, Barcelona, 1971.

manidad. Véanse, a este respecto, los teólogos de la muerte de Dios.

Nos inquieta lo que somos, lo que seremos, nuestro destino, el sufrimiento se acrece ante la infinidad de opciones posibles en el campo de la actividad productiva, del amor, de la entrega, de la fe. Nunca ha sabido, quizás, tanta infidelidad como hoy, porque nunca las opciones fueron tantas y tan dispares.

El deseo de saber, en el hombre, tiene carácter empírico. Le produce fiebre intensa de vivir por propia experiencia la realidad de la verdad, impulsado por su afán de hacerla concreta y suya.

La dificultad y, en muchos casos, imposibilidad de tales experiencias hacen difícilmente asimilable el compromiso a perpetuidad en todas las esferas: del trabajo, del amor, de la consagración religiosa...

Para educador de nuestro tiempo no interesa tanto el hombre de la verdad, de la sola verdad racional, impersonalizada, objetiva, abstraída de la situación, el hombre la de verdad incomprometida. No se acepta, por ejemplo, al educador que pretenda responder a nuestros planteamientos sólo porque la figura que representa, su cargo, le fuerzan a ello; queremos que sus palabras y soluciones representen el eco de su personalísima situación, de su propia angustia. Preferimos la respuesta que nos entrega quintaesenciado el fruto del vivir personal, de la sabiduría construida a fuerza del propio padecer e indagar, aunque la veamos problemática y ansiosa; a la respuesta ya hecha y definida, fruto del solo compromiso disciplinar. Nos es fácil traer a la memoria la imagen enojosa y fría del superior o educador que, frente a nuestro problema, nos responde con clisés hechos, con frases bien pensadas, con palabras inspiradas incluso en la Palabra bíblica,

pero no digeridas ni encarnadas en nuestra situación y en la suya. Nos disgusta ese hombre porque no pone su propia carne en el asador, ni nos dice nada de sí, ni expresa los interrogantes existenciales que él mismo se dirige, y que guardan analogía con los nuestros. Y pensamos: «Es verdad todo cuanto nos dice, pero no nos dice nada».

Nos alienta, por el contrario, comprobar que la palabra de nuestro consejero es fruto de su propio dolor, de un proceso laborioso sufrido por él, cuyo término no es tanto esta verdad, cuanto tal vivencia o, si se quiere, una verdad hecha propia, incorporada en lo más hondo de la propia personalidad. Estos hombres rezuman sabiduría, un sentido de las cosas, de la vida, de los hombres y de Dios que en vano encontraremos en los letrados y resabidos, porque la verdad de aquellos no se distingue del itinerario que ha conformado su vida.

Educa el hombre que no sólo comunica la verdad de la doctrina o del mandamiento o de la ley impuesta...; sino el educador capaz de liberarse para sí mismo y para los otros de modelos prefabricados; de adivinar proféticamente cuál es, para este hombre que le consulta, su verdad personal, la verdad que le hará feliz en una existencia que asuma en una sola realidad los fines sobrenaturales del hombre y su realidad temporal, los objetivos propios de la verdad eterna y su encarnación en la historia.

Se ansía hoy por el educador que haya encontrado su propia verdad; que haya escogido su libertad con sufrimiento; por aquel hombre, en una palabra, para quien la verdad sea fruto de ascesis existencial personal; en el que verdad y propia vida coinciden. Nos hallamos, como se ve, en la esfera de la verdad como testimonio de propia existencia.

Cuando nos acercamos a él para impetrar luz y aliento, nos responden a la vez: el mensaje evangélico, la sabiduría perenne acrisolada en el dolor, el individuo plenamente realizado, el hombre libre de las imposiciones externas de personas y cosas, el pobre de espíritu, el poeta que descubre la verdad de la vida y la canta desde su misterio de belleza interrogante; más bien que el matemático calculador que ve las cosas y personas desde su capacidad productiva o desde sus valores morales.